



LA DIMENSIÓN CULTURAL EN EL ESTUDIO SOBRE MOVIMIENTOS SOCIALES

Francisco Tomás Longa

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Introducción

La cultura, como categoría y como dimensión de análisis, ha sufrido un derrotero intermitente en las escuelas sobre la acción colectiva y los movimientos sociales. En el siguiente trabajo intentaremos sistematizar las corrientes más destacadas relativas a los estudios culturales en relación a los movimientos sociales. Es nuestra intención ofrecer un breve estado del arte sobre los estudios referidos a la temática mencionada, para luego reflexionar críticamente sobre el rol que las ciencias sociales le han destinado a los fenómenos culturales. Finalmente, intentaremos repensar el vínculo entre estudios culturales y otros abordajes para los movimientos sociales en el contexto actual.

En un principio, la categoría de cultura fue asociada al estudio de los pueblos “primitivos” en contraposición a la “civilización” de las llamadas sociedades evolucionadas (Latorre Catalán: 2005). Con el culturalismo norteamericano se logró complejizar el campo de estudio, siendo que algunos autores propusieron la existencia de una ‘teoría de la cultura’ como patrón capaz de abarcar las expresiones de todas las sociedades humanas. Partiremos entonces de una pregunta primordial para nuestra tarea: ¿qué elementos se abordan cuando nos referimos a la cultura? Según Bonnel y Hunt, los estudios culturales deben definirse en un sentido amplio, como aquello que abarca “el estudio de las mentalidades, ideología, símbolos y rituales y la alta cultura y la popular” (1984: 9). Retomando esa definición, Jasper (1997) logró complejizarla aún más incluyendo lo que llamó “componentes complementarios a la cultura”, como ser la cognición, la moral y las emociones.

Respecto a la definición de Movimiento Social, seguiremos a Melucci, en cuanto sugiere que los movimientos no son fenómenos empíricos sino unidades analíticas que “designan formas de acción colectiva que invocan solidaridad, manifiestan un conflicto e implican una ruptura con los límites de compatibilidad del sistema donde la acción tiene lugar” (1996:28). Buscaremos desde allí, sistematizar los diferentes roles que ha ocupado la categoría de “cultura” en las diversas escuelas teóricas sobre el estudio de los movimientos sociales durante el siglo XX y su relación con dimensiones de análisis como la estructura económica y el Estado.

Primeras aproximaciones al tema: La Escuela de Chicago

Desde los Estados Unidos, la Escuela de Chicago hegemonizó los estudios sociológicos entre las décadas del '10 y el '50. Allí se forjó la denominada tradición del 'interaccionismo social', la cual estaba fuertemente marcada por la idea de progreso y de reforma social. A pesar de que la interacción entre individuos y sociedad era el enfoque básico de los académicos de la Escuela de Chicago, en el binomio individuo-sociedad prevalecía claramente el primero; de allí que los autores terminaban resaltando la necesidad de los 'líderes' como protagonistas de los cambios sociales. Para los teóricos de la mencionada escuela, era vital la participación activa y la interacción de dichos líderes. Esta tradición asumió que los movimientos son producto de conflictos sociales generales, pero sin la capacidad colectiva dinámica para lograr el cambio social. Esta capacidad podía ser evaluada y canalizada únicamente por los 'líderes'. A partir de esa evaluación, los ejes básicos del cambio social que proponía la escuela de Chicago eran la educación y la creación de instituciones, sumadas a la creatividad individual¹ (Gloria Gohn: 1997). Desde este enfoque, que privilegiaba la motivación personal y el rol determinante del actor, las acciones colectivas tendían a la adaptación y al retorno al equilibrio del sistema, antes que al quiebre con el mismo.

Uno de sus principales referentes, Blumer, enmarcado dentro del 'interaccionismo simbólico' (Collins: 1996) de finales de los años '30, se orientó a la investigación socio-psicológica, considerando las reacciones psicológicas y las estructuras socioeconómicas en el accionar de los movimientos sociales. Según Blumer (1951), con el tiempo los movimientos van adquiriendo ciertas características, similares a las de una sociedad: organización, forma, costumbres y tradiciones, en síntesis, cultura, organización y un nuevo esquema de vida. La mencionada perspectiva socio-psicológica inaugural de Blumer, alcanzará una expresión más amplia hacia el final de la década del '50 con la obra de Turner y Killian (1957).

La principal falencia de estos enfoques ha sido la excesiva atribución de todos los fenómenos colectivos a una supuesta 'disfunción', siempre de origen externo al sistema (Latorre Catalán: 2005). La acción colectiva y los movimientos, en este marco, quedan relegados y aparecen como una simple respuesta a dicha disfuncionalidad. En suma, durante los desarrollos de la época la óptica psicológica y cultural adoptada fue restringida, siendo considerada únicamente como resultado de procesos que operan en bases interiores, individuales y privadas. Además, si bien la Escuela de Chicago se interesó en los movimientos sociales, su hincapié estuvo puesto en otras formas de acción como los comportamientos institucionalizados y el rol de las elites.

Los Estudios de la Sociedad de Masas

Años más tarde se consolidó una corriente académica que buscó evitar la centralidad de los análisis en las elites, perspectiva sobre la cual se había articulado la Escuela de Chicago, y corrió el eje metodológico pasando a centrarse en las experiencias totalitarias y los movimientos de masas de mediados del siglo. A partir de allí, esta escuela comenzó a interpretar las movilizaciones sociales no ya como fenómenos que interpelaban únicamente a las instituciones. Las motivaciones de los actores comenzaron a ligarse a las pérdidas que sufrían los grupos sociales a raíz de la modernización económica, política y cultural. Las pérdidas señaladas se referían al status económico, al acceso al poder y también al reconocimiento de valores culturales. En esta corriente, las dimensiones culturales recobraron importancia y dejaron de estar ligadas exclusivamente al ámbito individual y/o privado.

¹ Estas premisas serán retomadas más adelante durante los años '90 por las políticas neoliberales.

Hacia 1951 Talcott Parsons realizó uno de los más destacados aportes a los desarrollos sociológicos de la época, al fraguar un sistema de acción social que no llevaba al despliegue del actor o del agente de la acción, sino al del sistema social, por medio del desarrollo de las acciones individuales. Parsons retomó de Hobbes la concepción de 'hombre utilitarista', maximizador de beneficios y minimizador de recursos. Este abordaje funcionalista, basado en la teoría previamente desarrollada por Merton (1957) fue su punto referencial básico.

En este nuevo clima de ideas, el retorno a la psicología social llegó con los desarrollos ya mencionados de Turner y Killian (1957) sobre los procesos y valores que orientan a los movimientos sociales, y de Smelser (1962), sobre los comportamientos colectivos no convencionales. Esta corriente dejó de lado la relación entre política y estructura y, basándose en los desarrollos de Parsons, intentó rescatar componentes de naturaleza psicológica de la Escuela de Chicago y de la psicología social de algunos interaccionistas simbólicos como Blumer. Como vemos, en esta nueva etapa el proceso de creación de las motivaciones pasó a ser considerado en su naturaleza externa y desde su dinámica cultural, dejando de lado las bases internas individuales que lo hegemonizaron durante la Escuela de Chicago.

La Movilización de Recursos

Hacia los años '60, también desde EEUU, surgió una nueva corriente interpretativa de los movimientos sociales que generó una ruptura con los esquemas precedentes. La denominada teoría de la Movilización de Recursos (MR) rechazó los componentes psicológicos como factores explicativos de las acciones colectivas, pasando a enfocar los movimientos sociales en forma similar a los partidos políticos, lobbies y grupos de intereses, lo cual marcó una diferencia clara respecto a los paradigmas clásicos ya expuestos. La MR priorizó el análisis económico, dejando las variables políticas y culturales presentes solamente de manera marginal (Gloria Gohn: 1997). Los autores más destacados de la MR fueron McCarthy y Zald (1973 y 1977), quienes utilizaron conceptos propios de las corporaciones económicas y del mundo empresarial, que habían sido previamente desarrollados por Olson (1965). Desde este enfoque, los movimientos serían motivados no solo por los intereses de sus miembros, sino también por las instituciones de gobierno, las entidades privadas, etc.

Uno de los principales referentes de lo que luego se denominará la Movilización Política, Sidney Tarrow, observó que la MR estaba apenas buscando los incentivos micro-económicos que motivarían a las personas a las acciones colectivas, sin analizar los factores culturales. Otro de los autores que ha criticado el paradigma de la MR, ha sido Cohen (1985), quien destacó que la MR dejaba de lado valores, normas, ideologías, cultura e identidades de los grupos estudiados. Por su parte, Mayer (1995) remarcó el individualismo metodológico implícito en el acercamiento, y destacó que la MR silenció el papel de las creencias y emociones en los comportamientos colectivos de la sociedad. Dichos críticos demostraron con investigaciones empíricas, por ejemplo, que el movimiento de los derechos civiles en EEUU no podía ser explicado por variables económicas (Foweraker y Landman: 2000).

Otra de las críticas a la MR provino de Gould, quien sostuvo que "aun asumiendo que los activistas y participantes de los movimientos sean actores racionales, (...) hagan cálculos sobre los costes y beneficios y elaboren estrategias para asegurar sus intereses, el *cómo* lo hacen no es tan evidente ni tan simple como suele afirmarse (2004:161). Según Gould, más útil que esa afirmación a priori y esa suposición de racionalidad, sería el reconocimiento de que las personas son mucho más que actores racionales. Hacia los años '70, a partir de las críticas al utilitarismo y al individualismo metodológico de la MR, se comenzó a enfatizar en la 'estructura de oportunidades políticas', el grado de organización de los grupos, y a aplicar un análisis cultural de los discursos de los actores de los movimientos sociales.

La Movilización Política

A partir de la crítica a las falencias en las que incurrió la MR surgió con mucho vigor la ya mencionada teoría de la Movilización Política (MP). Esta escuela revitalizó los estudios sobre movimientos sociales en general y sumó a la perspectiva culturalista, centralmente en la academia norteamericana. Ejemplo de esa revitalización ha sido el desarrollo, por parte de la MP, de la categoría de *frame* como eje central en los estudios sobre movimientos sociales. Los *frames* fueron entendidos como marcos estructurales que dan soporte y sustento a las acciones al expresar los significados atribuidos a ellas por un movimiento o grupo social (Gloria Gohn: 1997). Esta categoría retoma los aportes de Goffman (1974), referente del interaccionismo simbólico, para quien “las condiciones estructurales son necesarias pero no suficientes para explicar la acción humana”, y de Piaget (1954), quien se ocupó del universo de las estructuras psíquicas de los individuos. Johnson (1995) utilizó el concepto de *frame* para realizar lo que él denominó ‘microanálisis de los discursos’ de participantes de los movimientos. Mc Adams (1994) trabajó con la categoría de *frames culturales*, desde allí buscó entender el propio cambio de orientación cultural que, sostenía, ocurre en los movimientos. Tarrow (1994), uno de sus más destacados autores, observó que los movimientos sociales construyen un repertorio fijo de símbolos e imágenes que se plasman en la cultura política de la época. Gamson (1982) y McCarthy (1996), buscaron articular el rol de los individuos, el sistema cultural y la organización del movimiento. Desde allí, definieron como objetivo de los movimientos la búsqueda de cambios culturales y institucionales.

La inclusión de la variable cultural se realizó de forma peculiar: se trató de una determinada interpretación de cultura donde símbolos, valores, creencias y códigos culturales, pasaron a ser parte, no ya de la cultura entendida como un *sistema*, sino de la cultura enfocada como un *proceso*; perspectiva que recuerda más a Durkheim que a Weber o Parsons (Gloria Gohn: 1999). La cultura fue vista como creada y recreada a partir de un conjunto de representaciones en el desarrollo de las acciones colectivas que lleva a la formación de la conciencia colectiva, lo cual remite a Durkheim, en cuanto que la cultura es constituida por representaciones y no por ideas, como sostenía Weber.

La MP reintrodujo entonces la psicología social como instrumento para la comprensión de los comportamientos colectivos, re-conceptualizando la figura del actor, las micro relaciones sociales cara a cara y la búsqueda de especificaciones para los elementos generados dentro de una cultura sociopolítica. Esta corriente buscó entender la identidad colectiva de los grupos y la interacción con la cultura de su tiempo, como demuestran los trabajos sobre la ‘solidaridad’ realizados por Fantasia (1995).

Por la centralidad de los argumentos psicosociales, esta escuela fue inicialmente denominada Movilización Político Cultural (MPC). Pero luego se observó que el concepto de cultura que manejaban oscilaba entre dos extremos: uno restringido, que igualaba cultura con tradiciones y valores del pasado, y otro abarcativo, donde la cultura era vista como un proceso de representaciones indeterminado. La dimensión de la praxis, es decir de la cultura como fuerza social transformadora constituyente de nuevas identidades sociales, no fue trabajada porque pocos autores de la MP vincularon los movimientos a los proceso de cambio social, prefiriendo abordarlos dentro de marcos teóricos dados por la acción de grupos de intereses. En suma, solamente algunos autores de la MP enfatizaron en los cambios culturales, eje que sí encontraremos en desarrollos posteriores (Taylor y Whittier: 1992).

Además, la utilización de la categoría de *frame* estuvo íntimamente ligada a las Estructura de Oportunidades Políticas, como única forma a través de la cual se “activan” las posibilidades de acción para los grupos sociales organizados. Goodwin y Jasper han señalado que los teóricos de la MP utilizaron el concepto de ‘oportunidades políticas’ de forma hiperbólica, llegando a desvirtuarlo. Según estos autores el ensanchamiento del concepto a terminado por “convertir todo o casi todo en oportunidad política. Incluso las amenazas, los obstáculos legales contra los movimientos y la represión son a veces conceptualizados como oportunidades”

(Goodwin y Jasper: 2004b: 83), lo cual habilita a pensar que si todo es una oportunidad política, dicha categoría tiene escasa capacidad explicativa específica.

Los Nuevos Movimientos Sociales

A partir de los años '60, en Europa surgió una nueva corriente para el estudio de los Movimientos Sociales que revalorizó el lugar de la cultura. Esta escuela se encargó de crear esquemas interpretativos que enfatizaban en la cultura, la ideología y las luchas cotidianas; algunos de sus referentes principales fueron Touraine, Melucci, Castells y Thompson. La denominada escuela de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) forjó un modelo teórico basado en la cultura, que negaba la visión funcionalista de la cultura como conjunto fijo y pre-determinado de normas y valores heredados del pasado. Este paradigma fue influenciado por la interpretación postestructuralista y posmodernista de cultura, que centraba su atención en los discursos como expresiones de prácticas culturales (Seoane, Algranati y Taddei: 2009). Desde esta escuela, la dimensión política fue utilizada principalmente en el ámbito de las relaciones microsociales y culturales, al contrario del paradigma norteamericano de primera mitad de siglo XX. En estos enfoques prevaleció la noción de cultura a la de conciencia de clase como variable de análisis de los movimientos sociales.

La gran mayoría de los autores dentro de la NMS han sido también denominados 'accionalistas', ya que consideraban que el objeto propio de la sociología no era el estudio de la estructura social, de sus instituciones y organizaciones, sino la 'acción social', recuperando la importancia que la estructura y la acción colectiva tienen como motor de conflicto. En este enfoque, la dimensión cultural recobró toda su potencialidad, pero ya no ligada a procesos íntimos del imaginario individual, sino como producto de una cosmovisión colectiva. Desde esta escuela, las acciones colectivas se explicaron a partir de la posibilidad de los distintos actores de luchar por el control de la cultura, creando su propia historicidad. A la vez, estos movimientos serían capaces de generar áreas y redes donde se nucleaban individuos y grupos compartiendo culturas e identidades.

Alain Touraine enmarca esta perspectiva dentro de una teoría general más amplia, como lo es la teoría de los conflictos. Desde allí propuso enfocar a los movimientos, siendo que los conflictos son productos derivados de la búsqueda del control de los modelos culturales y de la construcción de un nuevo orden social. Para Touraine (1985) los movimientos sociales se derivan principalmente de aquellos conflictos alrededor del control de los modelos culturales, por ello, y como los movimientos son a la vez contestatarios y prefigurativos, pueden expresar al mismo tiempo un conflicto social y un proyecto cultural. Touraine entendió a los movimientos sociales como acciones colectivas que se desarrollan bajo formas de lucha alrededor del potencial institucional de un modelo cultural. Así, los conflictos sociales entre actores deben ser entendidos en términos formativos y culturales, asumiendo que "no se trata más de luchas por la dirección de los medios de producción y sí por las finalidades de las producciones culturales, que son la educación y la información de masas". Tanto es así, que para el autor, el principio general sobre el que descansan los movimientos sociales es el derecho a la igualdad cultural, siendo "la defensa de los derechos culturales y sociales de los individuos y las minorías, actualmente, el objetivo primordial de los movimientos sociales" (Touraine: 1999).

En sus trabajos de campo, Touraine investigó el movimiento de los Beurs (inmigrantes magrebíes en Francia), agrupaciones antirracistas, el movimiento feminista y el movimiento gay, entre otros. Según Touraine estos movimientos se orientan "hacia el reconocimiento de la identidad cultural", atacando los problemas ligados a la modernidad capitalista y a la cultura masificada. Sus reivindicaciones no son lineales ya que defienden colectivamente los derechos personales, el derecho al trabajo y los derechos culturales.

Otros autores destacados dentro de esta corriente han sido, Alberto Melucci (1980; 1988; 1996), quien a diferencia de Touraine, cuyo énfasis está puesto en los análisis macro-estructurales, se centró en la dimensión micro, trabajando desde categorías tales como emoción, intuición, creatividad, percepción femenina, etc. Por

su parte, el historiador marxista E. P. Thompson, retomó la noción de experiencia histórica, donde los hombres “tratan la experiencia en su conciencia y cultura”. Thompson resaltó dimensiones como valores, cultura y teoría política, de allí sostuvo que la experiencia vivida y percibida por los actores en cuanto a un modo cultural determina también sus valores y acciones. Según Horton y Hunt (1980) los movimientos sociales ayudan a las sociedades democráticas a hacer frente al desfazaje cultural y a permanecer razonablemente integradas. Para Jiménez Solares (2000), los movimientos sociales se hallan en algún punto intermedio entre los movimientos con orientación de poder y los movimientos con orientación cultural, ya que el eje de la transformación propuesta se halla en la esfera cultural a la que deberían subordinarse la economía y la política. Según el autor, la conciencia de los límites civilizatorios del capitalismo, opera como “denominador cultural común” entre los nuevos movimientos sociales.

Castells y la Sociedad Informacional

Manuel Castells, quien representó una renovación en los enfoques marxistas sobre cultura y movimientos sociales, comenzó en los '70 estudiando a los movimientos urbanos, entendiéndolos a partir de la determinación estructural del problema que los nucleaba. Esto implicó abordarlos desde sus perspectivas, sus estructuras internas, sus contradicciones, sus límites, potencialidades y sus relaciones con la ciudad y el Estado. Este encuadre implicaba rechazar las variables geográficas espaciales como eje nodal de interpretación, y pasar a una visión global y problemática del espacio social que los movimientos ocupaban (en su caso las ciudades). Castells prefirió, entonces, interpretar los espacios públicos urbanos como producto de relaciones sociales dinámicas y fluctuantes; en estas relaciones destacó el papel de las diferentes acciones y prácticas colectivas. Castells comenzó a estudiar los procesos colectivos en grandes ciudades, como las acciones en contra de la renovación urbana en París y los movimientos de inquilinos en Chile, con la premisa metodológica de observarlos directamente en las formas concretas en las que desarrollaban sus acciones.

A partir de dichos estudios, donde relacionó los movimientos sociales con las problemáticas económicas, políticas y urbanas, observó que la construcción de los movimientos se situaba en un plano dual: los procesos de cambio, ligados a los modos de consumo, y la articulación de contradicciones fundamentales propias de toda sociedad capitalista. A partir de allí, el análisis de Castells tomó un cariz marcadamente estructuralista y sistémico, lo que le valió críticas por reducir a los sujetos a meros soportes de funcionalidades económicas del sistema (Lojkine: 1980).

En los '80, Castells abandonó la referencia estructural marxista y pasó a ser influenciado fuertemente por los desarrollos de Touraine, señalando la importancia de la información y la comunicación de símbolos en las acciones colectivas. Desde este 'nuevo' paradigma, el autor pasó a una visión complejizada de sociedad donde advirtió la articulación de tres dimensiones fundamentales, la *experiencia*, la *producción* y el *poder*². La *experiencia* estaría definida en función de la acción de los humanos sobre sí mismos y se construiría en torno a la búsqueda de satisfacciones y necesidades. La *producción* es la acción de la humanidad sobre la naturaleza para apropiarse de ella y el *poder* es la relación entre los sujetos humanos que, “basados en las dos anteriores, impone el deseo de algunos sobre los otros mediante la fuerza real o simbólica” (Castells: 2000: 8).

² “Las sociedades están organizadas en torno a procesos humanos estructurados por relaciones de producción, experiencia y poder determinadas históricamente” (Castells: 2000: 8).

La Era de la Información

En el prólogo a su texto *La Era de la Información*, el autor retoma el cambio tecnológico ocurrido hacia el año 1400 que operó sobre el equilibrio dominante en el mundo por los tres siglos subsiguientes. A partir de allí, China, hasta ese momento la sociedad más avanzada tecnológicamente³, dejó de ser el eje central del desarrollo tecnológico, que fue retomado por Occidente. Ante las explicaciones de tal estancamiento por razones ecologistas o culturalistas, Castells retomó la experiencia reciente de China que involucra amplios desarrollos de avanzada en la técnica militar, incluyendo tecnología nuclear de riesgoso impacto ambiental. A partir de esa dispar trayectoria de la sociedad china, varios analistas, a los que se suma Castells, concluyeron en que el estancamiento y la re-activación del desarrollo tecnológico del país asiático responden a diferentes formas en la articulación entre Estado y Sociedad. Desde allí, Castells demostró que la misma cultura puede inducir trayectorias tecnológicas muy diferentes según el modelo de relación entre Estado y Sociedad (Castells: 2000: 6).

Con ello rebate la ‘vacuidad’ de las interpretaciones meramente culturales del desarrollo tecnológico, y demuestra que el papel del Estado “ya sea deteniendo, desatando o dirigiendo la innovación tecnológica es un factor decisivo en el proceso general, ya que expresa y organiza las fuerzas sociales y culturales que dominan en un espacio y tiempo dados” (Castells: 2000: 7). Realizado este análisis sobre la producción cultural y los desarrollos tecnológicos, Castells describe la actual configuración del desarrollo tecnológico de las sociedades capitalistas globalizadas, cuyo rasgo característico, sostiene, es la centralidad del flujo de la información. La ‘revolución de la tecnología de la información’, penetró en todo el ámbito de la actividad humana, por ello, el autor plantea que desde allí debe analizarse la complejidad de la nueva sociedad. Tanto es así que llegó a hablar del fenómeno del ‘informacionalismo’, que operaría dentro de la denominada ‘Sociedad Informativa’ basada en la tecnología del conocimiento y la información⁴.

Desde esta lectura, existiría en las sociedades una conexión especialmente estrecha entre cultura y fuerzas productivas, es decir entre espíritu y materia. En tal contexto, las ciudades del mundo globalizado se convierten en un espacio de ‘alienación colectiva y violencia individual’, donde los movimientos sociales, los cuales se pueden distinguir según Castells entre urbanos, sindicales y ciudadanos, se presentan como formas de resistencia a esta alienación. En la sociedad informativa hay preeminencia de la identidad como principio organizativo, por ejemplo, la identidad se convierte en el proceso mediante el cual un actor social se reconoce a sí mismo y construye el significado en virtud de un conjunto de atributos culturales. Estas sociedades capitalistas globalizadas mantienen una amplia diversidad institucional y cultural, donde las relaciones sociales se definen en virtud de aquellos atributos culturales que especifican la identidad. De allí que nos encontremos en un mundo “verdaderamente multicultural e interdependiente que solo puede comprenderse y cambiarse desde una perspectiva plural que articule identidad cultural, interconexión global y política multidimensional” (Castells: 2000: 15).

En esta articulación, el lugar que le resta a los movimientos sociales no es el rol determinante del ‘primer’ Castells, sino un rol dependiente de la configuración del Estado. Es decir, el autor pasa a definir como de ‘interdependencia’ a la relación entre movimientos sociales y Estado, sosteniendo que no hay cambios sin los movimientos, pero que tampoco es posible para éstos mantenerse sin la existencia del Estado. Según Gloria Gohn (1997), mientras el ‘primer’ Castells exaltaba la capacidad de acción de los movimientos, el ‘segundo’

³ El autor cita ejemplos de desarrollos sobre tecnología realizados por China como los altos hornos para fundir hierro del año 200 a. c., el preciso reloj de agua inventado en 1086 y el torno de hilar manual del siglo XIII.

⁴ Castells recuerda que “fue vía Internet como el subcomandante marcos se comunicó con el mundo y con los medios durante su retirada en febrero de 1995” (Castells: 2000: 4).

pone en duda su potencial transformador. A esta lectura se suman las críticas de Lojkin (1980) quien observa en Castells un análisis de la realidad que no logra captar las luchas entre facciones, y que asume las prácticas de los agentes como homogéneas. A partir de allí, la lógica empleada por Castells es lineal, como vemos por ejemplo en su descripción de los cambios sociales, donde la presión popular conduce a cambios institucionales, pero omite el rol concreto de las luchas en ese proceso.

El Giro Cultural y la Emergencia de las Emociones

A partir de los autores mencionados, se ha hablado de un “giro cultural” en lo referente al estudio de los movimientos sociales a partir de los años ‘60. Estos autores trataron de defender el análisis cultural de la sociedad y, en definitiva, el retorno de la cultura a un primer plano (Moran: 1996). En esta línea, y a mediados de los años noventa, Berezín revisó la relación entre cultura y política, titulándola “terreno con fisuras” (Berezín: 1994). Hacia finales de los ‘90 se consolidó el campo de los estudios culturales y se observó un crecimiento del respaldo editorial a las temáticas culturales y una mayor identificación de la cultura como sub-campo de estudio (Latorre Catalán: 2005: 39).

Dos de los más destacados autores en esta materia han sido Goodwin y Jasper, quienes desde la perspectiva culturalista, fueron críticos con este ‘redescubrimiento’ de la cultura, ya que, según señalaron, se rescató la cultura pero desde una perspectiva cognitiva, poniendo escasa atención a las emociones y a las visiones morales (Jasper: 1997). Para Jasper, las emociones son parte de la cultura y esto no ha sido tenido en cuenta. Desde allí retoma la crítica formulada por Berezín: “el liberalismo y, por extensión, la democracia relegó la emoción a la esfera privada” (2001: 87). Goodwin y Jasper proponen un enfoque cultural pero multiplicando sus puntos de apoyo, al incluir dimensiones negadas por las corrientes “culturalistas” previas como las emociones y la moral. Esta corriente asume que las emociones son parte integral de los comportamientos humanos.

Según Collins las emociones son “el ‘pegamento’ de la solidaridad y lo que moviliza el conflicto” (1990: 28). Para Goodwin (2001) las emociones son centrales en las fases de incorporación a un movimiento social. Jasper ha resaltado esta importancia que mencionó Goodwin, llegando a plantear que “no habría movimientos sociales si no tuviéramos respuestas emocionales a los desarrollos cercanos y lejanos” (1998: 405), siendo que las emociones son indispensables en alentar a los individuos a la acción política. Jasper definió a la dimensión cultural como una variable central aún en las estrategias de los movimientos, ya que la estrategia también se construye desde las expectativas, es decir desde un plano psicológico y cultural que incluye las emociones. Según esta corriente que bien podríamos denominar ‘emocionalista’, las emociones y los valores morales contribuyen a explicar la emergencia o el desarrollo de un movimiento pero también a explicar su declive: frustración de expectativas, insatisfacción, envidia, celos, etc. Sostenemos que el nuevo enfoque presentado revitalizó los estudios culturales en relación a los movimientos sociales.

Sin embargo, el giro cultural, sumado a la inclusión de las emociones en el estudio de los movimientos sociales, ha derivado en la sobre-utilización del concepto de emoción y de cultura. Este empleo recuerda en parte al uso omnicompreensivo que esas mismas corrientes criticaban sobre el concepto de ‘oportunidades políticas’. Es decir, observamos que se está incurriendo en una sobredeterminación de similares características a la ocurrida en la MP, que no hace sino diluir la potencia explicativa que poseen de por sí las variables culturales. En este sentido, Tilly (2004) señaló que dichas corrientes no llegaban más allá de un ‘fundamentalismo fenomenológico’ en la explicación de los procesos sociales. Además de esta crítica, sigue siendo un interrogante la forma en que se deben conceptualizar las emociones de modo que puedan adaptarse a la investigación empírica.

Algunas Consideraciones Finales

Hemos visto que el lugar de la dimensión cultural en el estudio sobre movimientos sociales ha tenido un derrotero dispar. Las primeras inclusiones lo asumieron desde un aspecto individual y privado (Escuela de Chicago); más adelante, fue directamente ignorada, prevaleciendo en su lugar las motivaciones económico-racionales (MR). Luego fue vuelta a considerar pero no desde su dimensión transformadora sino como dato estático de la realidad (MP). La innovación que significó la corriente de los NMS, sumada a la inclusión posterior de las emociones y los estudios de la moral, han revitalizado y generado un lugar sólido de la cultura en los estudios sobre movimientos sociales.

A partir de este derrotero, observamos que cada vez más las ciencias sociales se apoyan en los cambios culturales para definir sus objetos de estudio (Renato Ortiz: 2001). En algunos espacios todavía resuenan las diferencias entre los enfoques *estructural/económicos* y los *cultural/políticos*, donde los primeros acusan a los movimientos sociales de ser 'meramente culturales' y proponen readoptar el método materialista basado en un análisis objetivo de la clase social, sugiriendo que el aspecto cultural debe subsumirse al económico. Desde esta cosmovisión se presupone que la relación materia/cultura es algo estable, rígido y prediseñado por el lugar que ocupa el sujeto en el esquema productivo. En realidad, esta tendencia pretende relegar a los movimientos a la esfera cultural y tiende a menospreciarlos al caracterizarlos como 'meramente' culturales, sugiriendo que su política es fragmentaria y particularista.

Sin embargo, desde los estudios culturalistas que han asumido la problemática simbólica y cultural, una visión integral de la cultura no ha sido todavía un terreno allanado. Aún desde los estudios culturales continúa primando una perspectiva parcial de cultura ligada a los símbolos y representaciones colectivas, pero ajena a otras dimensiones como las emociones y la moral.

Siguiendo a Pedro Ibarra (2000), en la actualidad no se trata de redefinir aisladamente la esfera estructural-económica ni la cultural-simbólica sino que el desafío metodológico consiste en consolidar un esquema metodológico integral que pueda interrelacionar ambos contextos: la estructura de oportunidad política (las condiciones materiales) y los marcos culturales y simbólicos. A partir de allí, sin manuales mecanicistas para la interpretación de la economía, ni pautas folclóricas trilladas y deslucidas para comprender nuestras culturas, podremos comenzar a transitar caminos que parecían antagónicos.

Bibliografía:

- (1994) BEREZÍN, Mabel. "Fissured terrain: methodological approaches and research styles in culture and politics", en: Crane, D. (eds.), *The sociology of culture*, Londres, Basil Blackwell.
- (1951) BLUMER, Herbert "Social Movements", en: LEE, Alfred. *Principles of sociology*. Nueva York, Barnes & Noble.
- (1984) BONNEL, Victoria y HUNT, Lynn. *Beyond the cultural turn. New directions in the study of society and culture*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.
- (2000) CASTELLS, Manuel. *La era de la información, economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza.
- (1985) COHEN, Jean. "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary social Movements", en: *Social Research*, núm. 52.

- (1990) COLLINS, Randall. "stratification, emotional energy and the transient emotions", en: · KEMPER, Theodore. (ed.) *Research agendas in the sociology of emotions*, Albany, SUNY Press.
- (1996) COLLINS, Randall *Cuatro tradiciones sociológicas*. México, UAM, Iztapalapa.
- (1995) FANTASIA, Rick. "Culture in Rebellion: the appropriation and Transformation of the Veil in the Algerian Revolution", en: JOHNSTON, Hank y KLANDERMANS, Bert. *Social Movements and Culture*. Minneapolis, EUA, University of Minnesota Press.
- (2000) FOWERAKER, Joe. y LANDMAN, Todd. *Citizenship Rights and Social Movements: A Comparative and Statistical Analysis*, Oxford, Oxford University Press.
- (1982) GAMSON, William. *Encounters with Unjust Authority*. Homewood, Illinois. Dorsey Press.
- (1997) GLORIA GOHN, María. *Teoria dos movimentos sociais*, Sao Paulo, Loyola
- (1974) GOFFMAN, Erving. *Frame Analysis*. Cambridge, Mass. Harvard Un. Press.
- (2004b) GOODWIN, Jeff. y JASPER, James.. "Trouble in paradigms", en: GOODWIN, Jeff y JASPER, James. (eds.): *Rethinking social movements. Structure, meaning and emotion*, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers.
- (2004) GOULD, Deborah. "Passionate Political processes: bringing emotions back into the study of social movements", en: GOODWIN, Jeff. y JASPER, James. (eds.), *Rethinking social movements. Structure, Meaning and emotion*, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers.
- (1980) HORTON, Paul y HUNT, Chester. *Sociología*. San Pablo, McGraw-Hill.
- (2000) IBARRA, Pedro. "¿Qué son los movimientos sociales?". En Anuario de Movimientos Sociales, Barcelona, Icaria.
- (1997) JASPER, James. *The art of moral protest. Culture, biography and creativity in social movements*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (2000) JIMENEZ SOLARES, Carlos. "Acción colectiva y movimientos sociales: nuevos enfoques teóricos y metodológicos", URL: www.alasru.org/cd alasru2006/10%20GT%20Carlos%20Jiménez%20Solares.pdf
- (1995) JOHNSTON, Hank. "A Methodology for Frame Analysis: From Discourses to Cognitive Schemata", en: JOHNSTON, Hank. y KLANDERMANS, Bert. *Social Movements and Culture*. Minneapolis, EUA, University of Minnesota Press.
- (2005) LATORRE CATALAN, María. "Los movimientos sociales más allá del giro cultural: apuntes sobre la recuperación de las emociones", en: *Política y sociedad*, Vol. 42 núm. 2: 37-48, Madrid.
- (1980) · LOJKINE, Jean. *O estado capitalista e a questao urbano*. San Pablo, Martins Fontes.
- (1995) MAYER, Margit. "Social-Movement Research in the United States: A European Perspective", en: LYMAN, Stanford. (org) *Social Movements: Critiques, Concepts & Case-studies*. Nueva York, Nueva York University Press.
- (1994) · McADAM, Doug. "Culture and Social Movement", en: LARAÑA, Enrique, JOHNSTON, Hank y GUSFIELD, Joseph. *New social Movements*. Filadelfia, Un. Temple.
- (1996) · McADAM, Doug. "Conceptual Origins, current problems, future directions", en: McADAM, Doug, McCARTHY, John. y ZALD, Mayer. *Comparatives Perspectives on social Movements*. Cambridge, Un. Press.
- (1973) McCARTHY, John. y ZALD, Mayer., *The Trends of social Movement in America: Professionalization and Resource Mobilization*. Morristown, N. J., General Learning Press.
- (1977) · McCARTHY, John. y ZALD, Mayer, "Resource Mobilization and social Movements", en *American Journal of Sociology*, num. 82.
- (1980) MELUCCI, Alberto. "The New Social Movements: A Theoretical Approach", en: *Social Science Information*, num. 19.

- (1988) MELUCCI, Alberto.. "Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements". KLANDER-MANS, Bert, KRIESI, Hanspeter y TARROW, Sidney, en: *International Social Movements*, vol. 1. Greenwich Cnn, JAI Press.
- (1996) MELUCCI, Alberto. *Challenging Codes. Collective action in the information age* Cambridge Un. Press.
- (1957) MERTON, Robert. *Social Theory and Social Structure*. Nueva York, Free Press.
- (1996) MORAN, María Luz. "Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural", en: *Zona Abierta* 77/78.
- (1965) OLSON, Mancur. *The Logic of Collective Action*. Cambridge, University Press.
- (2001) ORTIZ, Renato. "Las ciencias sociales y la cultura", en Revista Nueva Sociedad, URL: http://www.nuso.org/upload/articulos/2994_1.pdf
- (1952) PARSONS, Talcott. *The Social System*. Londres, Tavistock.
- (1954) PIAGET, Jean. *The Construction of Reality in the Child*. Nueva York, Basic Books.
- (2009) SEOANE, José. ALGRANATI, Clara. y TADDEI, Emilio.. "El concepto 'movimientos social' a la luz de los debates y la experiencia latinoamericana recientes". Inédito.
- (1962) SMELSER, Neil. *Teoría del comportamiento colectivo*. México, FCE.
- (1994) TARROW, Sidney. *Power in Movement*. Cambridge, Un. Press.
- (1992) TAYLOR, Verta. y WHIRTTIER, Nancy. "Collective Identity in Social Movement Communities: Lesbian Feminist Mobilization", en: MORRIS, Aldon y MULLER, Carol. *Frontiers in Social Movement Theory*. Haven, Yale Un. Press.
- (2004) TILLY, Charles. "Wise Quacks", en: Goodwin, J. y Jasper, J. (eds.): *Rethinking social movements. Structure, meaning and emotion*, Nueva York, Rowman & Littlefield Publishers.
- (1985) TOURAINE, Alain.. "The Study of Social Movements", en: *Social Research*, vol. 52, num. 4.
- (1999) TOURAINE, Alain. *¿Cómo salir del liberalismo?*, Barcelona, Paidós.
- (1957) TURNER, Ralph. y KILLIAN, Lewis. *Collective Behavior*. Nueva York, Prentice-Hall, Inc.